

## POLVO DE ARENA

*- PRIMER PREMIO -*

**E**staba cansada, muy cansada. Llevaba mucho tiempo soportando el peso de una vida equivocada.

Por enésima vez una llamada de Rubén hoy tampoco iría a dormir a casa, una nueva reunión fuera de Madrid que se dilataba más de lo esperado. No sabía si creerle o no, pero se dio cuenta que ya no le importaba.

Y ella, que nunca había improvisado, que siempre aceptó como suyas las decisiones de los demás, llamó a Marcela.

- “Por favor, Marcela, cancela todas mis reuniones de esta semana, estaré unos días fuera del despacho por asuntos familiares, cualquier tema urgente déralo a Carmela o a Aitana”.

Rápidamente, como alma que lleva el diablo, echó dos prendas en su maleta, puso una nota en la nevera: “No hay comida, volveré en unos días, trabajo”.

Y se fue.

Como si quisiera recuperar tantos años mal-gastados, condujo rápido entre la duda y el desconcierto. Tres horas y cuarenta minutos después aparcaba frente al pequeño hostel del pueblecito a orillas del Mar Menor, el pueblo de su padre, ese pueblo parado en el tiempo,

con casitas pequeñas de pescadores y paseos sin asfaltar.

Apago el motor y lloró, lloró durante horas, hasta que se vació. Solo entonces, abrió la puerta, se bajó del coche y respiró, respiró mar, respiró sal, respiró libertad.

Caminó por el paseo de tierra frente a la Lonja, con la mente en todas partes y en ningún sitio a la vez, pero al bajar la mirada y ver en sus zapatos ese polvo de arena que aún dejaba el mismo rastro de antaño, hizo que viajara en el tiempo pudiendo recorrer algunas estaciones que ya tenía olvidadas.

Y en una de ellas decidió que era el momento de rescatarse.

Buscó, entre todos los sueños que cumplió a los demás, los suyos propios. Sabía que estaban allí, a orillas de ese mar, estaban guardados esperando a que un día se decidiera a abrirlos. Y allí estaba su deseo de ser bióloga, de estudiar el fondo marino, de bucear y de navegar a vela todo el Mediterráneo...Pensaba cuándo se desvaneció todo aquello; desapareció, del mismo modo en que se borran las promesas de los amores de verano, esas que se escriben en la arena y que alguna ola atrevida las cancela sin dejar rastro.

Por más que lo intentaba no conseguía localizar el momento en el que decidió dejar las riendas de su vida en manos ajenas. Pero por primera vez, estaba dispuesta a recuperarlas. Incitada por ese cosquilleo de las

primeras veces, ese hormigueo que te recorre el cuerpo mezclando casi a partes iguales ilusión, curiosidad y vértigo, llamó a su padre, le avisó que saldría con su viejo velero; las llaves en el tambucho de siempre, pequeña compra de avituallamiento y soltó amarras, y dejó en el pantalán todo lo que ya no le servía; sus miedos, su ansiedad, sus prisas, su voluntad de complacer siempre a los demás.

Navegó a favor del viento, sin rumbo, concentrada en respirar la brisa, en escuchar los sonidos del mar, el viento zigzagueando en la mayor, el sonido del casco batiendo el mar...Y en silencio, y despacito, se iba llenando de todo aquello, y más despacio aun, sin prisa, iba quitando la cáscara a su propia vida.

Recordó a aquel profesor de la facultad quien le dijo una vez que lo más importante en la vida, era saber quién eres y dónde estás, y solo entendió en ese momento que llevaba mucho tiempo sin saberlo y el mar le susurró primero, para rugirle después, quién quería ser y dónde debía estar. Y quería reflejarse en su mar, despertarse cada mañana con olor a brisa marina, sentir el sabor a sal en sus labios, pasear por la

orilla, navegar... no quería perderse ningún atardecer más. Necesitaba vivir despacio, sin prisa y sin pausa, exprimir cada segundo a la vida, robarle tiempo al tiempo.

Cuando se dio cuenta, divisaba la costa, había amainado el viento y la mar

estaba en calma así que decidió fondear. Una copa de vino, un trocito de queso... la luna brillante reflejaba en el agua un sendero de luz, ese que su padre siempre le decía que le había guiado en muchas noches de navegación, y con su mente divagando en aquellos años, bajó al camarote, ese olor le seguía sumando bonitos recuerdos. Con una sonrisa dibujada en el rostro se recostó sobre la litera, y desnuda y vaciada, sin alarma ni Orfidal se durmió...

A la mañana siguiente, el silbido del viento en los obenques la despertó, amanecía un nuevo día, se sentía en calma, en paz. Se desperezó, levó el ancla y puso rumbo al puerto. Una vez allí, atracó en el muelle de cortesía, y muriéndose por un café, se encaminó al bar al que solía ir con su padre.

Después del café pensaría cómo y cuándo volver.

Puso el móvil a cargar, y nada más encenderlo empezó ese terrible sonido de WhatsApp a sonar sin descanso:

- Marcela: “Paula, por favor, llama al despacho, Iturralde quiere verte esta tarde sin falta”
- Carmela: “Paula, ha llamado Ferri, dice que, si renuncias ahora al caso Midas, te denunciará por daños y perjuicios, por favor, llámale, no sabemos cómo calmarle”
- Rubén: “Cariño, ¿dónde estás? ¿Cuándo vuelves?”

- Mamá:” Paula, amor, recuerda que esta noche es la cena con las chicas del club, ponte el vestido azul que te regalé, de verdad que te sienta muy bien. No seas cabezota.”

- Rubén: “Dónde estás? Necesito hablar contigo”.

- Aitana: “No ha entrado el pago de Txangusto. ¿Qué le digo a Iturralde? Me ha llamado ya dos veces. Dime algo, urge”.

- Rubén: “Paula, ¿sabes dónde está mi equipación azul? No la encuentro”.

- Mamá; “Ah, por cierto, te he pedido hora en la pelu de Julia, a las siete, te da tiempo ¿no? Si vas muy justa sal un poco antes del despacho. Besitos”.

- Rubén: “Paula, joder, no te localizo. Llámame”.

Paula se acercó a la barra, pagó su café, se dirigía a la salida, cuando el camarero desde el otro lado de la barra le gritó: “Señora! Que se deja aquí el móvil”

Ella volvió el rostro, le miró, sonrió y sin retroceder con paso firme y decidido, se marchó.

*Sara Ferri Vargas*

## ROMPIENTE y OLAS

- SEGUNDO PREMIO -

**G**alicia 1980: Playa de las Catedrales y sus verticales formaciones rocosas, grutas, colosales sucesiones de arcos que se superponen desde la perspectiva del que observa, pasillos de arena blanca y fina en la bajamar, silencio, ruido de olas y de viento, ausencia de paseantes, invierno, el mar embravecido. Alzaba mis brazos y giraba sobre mi misma absorbiendo la naturaleza indómita de la playa, corría por los pasadizos acariciando su pizarra negra y húmeda, recuerdo que sonreía, que me reía, que las mejillas se acaloraban y todo mi cuerpo mimetizaba un vuelo de gaviotas con una cadencia onírica.

Era el acontecer de una tarde cualquiera de mi vida siendo niña, de cuando vivía en Foz, un pequeño pueblo de la provincia de Lugo, que da nombre a la ría tras la desembocadura del río Masma.

Otras veces solía sentarme en los bancos de la placeta que daba al puerto pesquero y esperaba allí a mis amigas, comíamos pipas y veíamos pasar a la gente entre risas y comidillas, pero yo acertaba aquel ritual y salía corriendo como si fuese una pillería, hasta acercarme a los pesqueros. Paseaba entre las redes para tocarlas, el olor del mar estaba en ellas, me gustaba también ver a las mujeres en la tarea de remendarlas y a los hombres en la animada faena de llevar el pescado a

la lonja. Luego continuaba mi paseo hasta la taberna, para sentir el olor a barrica de vino y verlo en las cuncas blancas donde se servía, los marineros se situaban en mesas y bancos de madera y daban cuenta de alguna sardina o pulpo a Feira, a lo cual yo no tenía acceso, por mi edad y por mi economía de cría. Después volvía a la placeta con mis amigas y seguíamos con las pipas.

A veces no volvía, me ponía a caminar y a caminar hacía la ventosa playa de Llaz, viendo por el paseo marítimo, los rompientes del mar en los acantilados. Yo me escapaba y así le daba forma de aventura, aunque recuerdo que eso no lo explicaba, ni tampoco me preguntaban por qué lo hacía, creo que éramos todas de ese espíritu libre que deja hacer, allí en Galicia, perderse en el mar no es algo extraño, a unos les gustaba más que a otros, pero siempre formaba parte de nuestro imaginario, de alguna manera u otra existía una conexión universal e íntima con él, que nos aproximaba.

El puerto de Foz era muy pequeño y se veían pocos veleros por allí, cuando llegaban, parecían criaturas mitológicas gobernadas por seres aún más sobrenaturales, había en ellos una sofisticación distinta al resto de los hombres de mar, navegar a vela en los océanos me parecía de mucha sabiduría.

Desde entonces una imagen se hizo recurrente en mis sueños en forma de pesadilla, quizás porque yo la sentía inalcanzable. Soñaba que navegaba sola en un velero, la atmósfera siempre era gris y húmeda, el agua de la ría

parecía achocolatada y la marea dejaba expuestas extensas zonas de arena. Era desasosegante, no sabía como hacer, pero lo intentaba. Esperaba a que el agua volviese a cubrirlo todo y que me dejase espacio para salir de un embarcadero vacío, alejado del pueblo. Las velas portaban porque yo hacía algo, las veía enormes por encima de mi cabeza, navegaba en el interior de la ría, ¡no sé muy bien como...!

Mar Menor 2022: Dejo atrás el Puente del Estacio, Isla Grosa y sus contraluces, el azul en todas sus direcciones.

Ahora ha pasado una vida, todos los caminos se han cruzado caprichosamente, no se si los ha movido el destino o yo he querido que me llevaran a él. Cada encrucijada, cada quiebro ha sido una aproximación y el barco es real, ha salido del ensueño y me introduzco de nuevo en un mar desconocido, pero ahora voy hacia la luz. Recuerdo el desasosiego de mis sueños y es paralelo al real, todos mis miedos actuales ya los viví en ellos.

Navego sola casi siempre, mi tardía incorporación a la navegación no me ha permitido una red de apoyos para el aprendizaje tutelado por amigos con experiencia, las vidas de los demás están hechas y una mujer sola no encaja en todas partes. A veces la incertidumbre es como una hoja de cuchillo afilada e intimidante. El peor momento es justo antes de salir al mar, el miedo es astuto y le gusta el sabotaje, yo que lo sé, no le hago

caso. Cuando alcanzo la bocana del puerto siento que lo he vencido y ahí fuera entre el velero, el mar y yo hay una complicidad, un equilibrio de respetos y desafíos que me devuelven a aquellos años de niña en los que me sentía fuerte ante los acantilados de la preciosa ría de Foz. Ahora es Mar Menor, sus atardeceres, el Estacio, La Grosa, la luz, el mar brillante, un horizonte extenso y real donde ser navegante..

*Alicia Tamayo Varela*

## FLAMENCO ROSA

- TERCER PREMIO -

**L**a vibrante luz del amanecer sobre el Mar Menor parecía el presagio de mi nueva vida.

Hacía dos horas que me había levantado. Me encontraba ansiosa y esperanzada por lo que comenzaba. Me había quitado las zapatillas para sentir los pies descalzos en la arena. Me acerqué a la orilla y sentí el agua helada en mis dedos.

Allí estaba yo, frente a aquel horizonte de edificios sobre el mar, para mí tan conocido y ahora tan distinto.

Era febrero, hacía frío, pero la sensación de la cara helada no me molestaba, me hacía sentirme más viva que nunca. Era el momento de alejar los mares llenos de dudas y comenzar a navegar viento en popa

Saqué de mi bolsillo un pañuelo rosa, le di dos vueltas y me lo até sobre la cabeza con un nudo. Había tomado la decisión de hacer lo que siempre soñaba desde que era niña, cuando veía sin pestañear a Jaques Cousteau en “Mundo Submarino” sobre las rodillas de mi padre: unirme al mar.

Es cierto que siempre había formado parte de mí por tenerlo cerca de casa, por haberlo disfrutado todos los veranos en La Manga, por haber buceado con tubo cientos de veces en Cabo de Palos... Pero ahora el

profundo líquido que tanto adoraba, suponía una inmensidad demasiado inabarcable. En este momento de mi vida, necesitaba fluir de otra manera, dejarme llevar entre las olas, flotar, enredarme en el Lebeche y remar.

Hace un mes recordé que había visto a las “Flamencos Rosas” remando sobre su “Dragon Boat” en algún documental de la televisión. Me impresionaron aquellas mujeres con una enorme conexión y con tanta fuerza para remar juntas.

Así que un día no lo pensé más. El mar me llamaba, no se detenía...

Ese sábado me levanté temprano y conduje hasta llegar al puerto deportivo donde sabía que podía encontrarlas. Al llegar al puerto y ver el mar me sentí en mi lugar en el mundo. Cerré los ojos, respiré hondo, me llené los pulmones de aire y sal. Y el MAR regresó dentro de mí.

Me acerqué al muelle, donde vi a unos pescadores que limpiaban su barco tras la faena. Les pregunté por las mujeres de rosa que reman en una canoa con un dragón en la proa. Me indicaron que hablara con la mujer que estaba en el velero que había al final del muelle.

Llegué hasta ella y me recibió amablemente. Allí estaba yo preguntando por las mujeres que reman y contándole mi razón para buscarla. Ambas sabíamos lo duro que era estar ahí. Había superado mucho y ese “dragón”, el

equipo de mujeres y el Mar Menor serían un nuevo paso en mi vida.

Me animó a unirme a ellas el próximo sábado para probar mis fuerzas. Me contó que el “dragón” sería parte de mi rehabilitación psicológica y física para superar el linfedema y la intervención de mastectomía por mi cáncer de mama.

Me entregó un pañuelo rosa y quedé con ella y el equipo para el siguiente fin de semana.

Regresé a casa recordando las palabras que me dijo: “Remar juntas y el Mar Menor nos hace más fuertes”.

El fin de semana había llegado. Allí estaba yo esperando, con el pañuelo rosa sobre mi corto pelo, ahora rizado, debido a las terribles e interminables sesiones de quimio. Reconocí a las mujeres con un pañuelo como el mío cuando fueron apareciendo por el puerto a la hora acordada. Todas demostraban una gran fuerza sacando a la orilla aquel pesado pero sanador “dragón” de color rosa.

Me presenté como nueva compañera, con ganas de hacerlo lo mejor posible y con una gran ilusión. Cada una de ellas me dio un abrazo, que llevaba el regalo del reconocimiento por lo que superaba y la bienvenida a su hermandad.

Con el “dragón boat” sobre la arena llegó el momento de sentir la fuerza del equipo. Unimos las manos y grité con ellas:

*“Flamenco rosa: Vida Flamenco rosa: Vida Flamenco rosa: A disfrutar”*

Cargamos el “Flamenco Rosa” hasta la orilla del Mar Menor y subimos a él con los remos preparados para impulsarnos adelante, valientes e imparables.

Remar... esa era la vida.

Esa era la vida..., la fuerza que da el saber que formas parte de la misma superación y no estás sola. Remar no solo por ti misma sino también por las mujeres que te acompañan y por las que lo intentaron.

Y comencé como me indicaron, intentando seguir el ritmo que marcaban.

Remar.

Remar y el mar. Remar, el mar y amar.

A cada impulso, el mar iba entrando en mi vida, salpicándome las manos, la cara, el pelo...

La brisa a cada paso me traía más ganas de disfrutar a pesar del esfuerzo.

El brillo del sol centelleaba y doraba la superficie de la laguna salada y hacía guiños a la mujer que se unía hoy, que seguía teniendo dentro a la niña que se sentaba en las rodillas de su padre para disfrutar del mar, mirando sin pestañear “Mundo Submarino”.

Siempre había querido sentir que el mar era parte importante de mí.

Hoy sentía que lo estaba consiguiendo y que aquello era solo el principio.

*Maria José García García*

## DE COLOR AZUL

Comenzaban las vacaciones de aquel verano en el que tantos recuerdos quedaron grabados. Salimos con un viento favorable, agradable para las velas y para nosotros.

Era un sábado de julio. Muchas embarcaciones habían salido a navegar, dispuestas a bailar con las olas y a dejar que el sol se encargara de broncear las pieles de aquellas personas a las que transportaban, o quizás también a provocarles algún mareo que otro.

El “Jazz” y sus cuatro tripulantes nos dirigíamos a una isla del Mediterráneo no muy lejana a la costa. Nuestra idea era disfrutar del baño tan espectacular que aquellas aguas ofrecían..., transparencia y calma.

Para ello, nos fondearíamos en aquel paraíso, dispuestos a saciarnos de todo lo que nos rodeaba. Después de tantos años visitando aquel edén, nadie lograba resistirse a volver, pues pocos lugares podían compararse con aquel trozo de tierra, cálida y protectora.

El día cada vez se tornaba más agradable con los sensatos movimientos del Jazz.

Andrea, nuestra querida Andy, era la invitada. No le gustaba para nada el mar y menos aún la navegación, decía que los pies tenían que pisar siempre suelo firme:

asfalto o tierra. Su duro carácter se veía reflejado en su cara basta y larga, acompañada de una voz aguda y chillona capaz de romper cualquier silencio. Estuvo renegando desde que puso un pie a bordo del barco.

Óscar y Alberto también la conocían desde hace años y eran conscientes de su frecuente mal carácter y de lo difícil que resultaba que algo o alguien le sacara una sonrisa.

Las primeras horas de navegación estuvimos llenos de contradicciones, pues Andy no dejaba que la brisa hablara más que ella, ni que las olas se expresaran una a una tras chocar con el Jazz, impidiendo que todos pudiésemos disfrutar de esos instantes.

Lo que salía de aquella boca llena de grandes dientes era justo lo contrario a lo que una persona quiere oír cuando se encuentra rodeada de una paz celestial. Además, nos llevó un gran trabajo calmar su miedo a navegar, que se apoderaba de ella minuto a minuto y hora tras hora.

Cuando llegamos a la isla, aquellas aguas nos invitaron a un espectacular baño, aunque, por supuesto, a todos menos a Andy, pues ella era de secano. Así que, con mucha paciencia, íbamos contándole historias y anécdotas sobre nuestras navegaciones por los distintos puertos de la zona.

Ella seguía bramando y rompiendo nuestras palabras, sin dejar a sus propios oídos escuchar que las gentes

que deciden vivir su vida en un barco son capaces de transformar a un desconocido en parte de ellos mismos. La generosidad es proporcional a la amistad que se crea, pues van de la mano.

---

Tras algunas horas, la dura mirada que Andrea había adoptado desde su embarcación pareció disiparse, y quizás fue que la brisa, el sol y el paisaje habían causado algún efecto en ella.

Nos habló con un tono más suave que el habitual. Compartió con nosotros que creía que la gente del mar era más feliz, o que eso decían sus miradas y su forma de tratar con los demás. Que cuando ella era pequeña, jamás descubrió lo que era pisar descalza la arena humedecida de la orilla de cualquier monstruoso e infinito bello mar. Se lamentaba de la ignorancia de tantos años pasados, perdidos y alejados de aguas hermosas y azules que nunca supo disfrutar.

Parecía que su alma comenzaba a entrar en sintonía con el entorno y, poco a poco, la desnudez de sus palabras nos llevó a escucharla como nunca antes lo habíamos hecho. No era nuestra culpa que su voz tan chirriante molestara tanto.

Antes de dirigirnos de vuelta al puerto, queríamos ver a aquel Sol despedirse del día y ceder su protagonismo a la Luna, que seguiría haciendo guardia. “Espectacular” es la palabra que mejor describe la salida y entrada de cada uno de ellos.

En mitad de nuestro trayecto, un sutil y delicado chapoteo a la vez, llamó nuestra atención. Entonces, Andy, bastante más calmada de lo normal, nos advirtió del maravilloso sonido que estaba rodeando al Jazz. No sabíamos de qué se trataba, pero la cara de nuestra amiga era el puro retrato de la felicidad: sus acentuadas arrugas estaban relajadas, su voz no escupía gritos y sus ojos se encontraban perplejos, dirigidos al mar.

Con su expresión y sin mediar palabra fue capaz de comunicarnos que aquello que estaba presenciando era muy bello. Y así fue, divisamos un grupo de delfines que bailaban y saltaban para Andy, o así lo vivió ella.

Navegando por primera vez en su vida, aceptando al desconocido mar, dejando al sol actuar sin quejarse de su fuerza y, finalmente, descubriendo a aquellos seres divinos, que parecían reír y moverse al ritmo de la felicidad.

Aquel día, Andrea descubrió que las rugosidades de su faz podían mejorar si navegaba más veces, que el mar y las gentes del mar son inolvidables y que lo más bello siempre es de color azul.

Por supuesto, después de esta navegación hubo muchas más y, todas ellas, con Andy a bordo.

*Maria Antonia García Pérez*

## AGUANTA

**T**engo tanto frío, el temblor me mantiene apenas despierta, pero no me calienta nada, es inútil, cada latido me acerca un poco más al final de esta cuenta atrás, casi ya no puedo pensar, y mis recuerdos se desvanecen entre las rociaciones, no siento miedo por mí, todo está ya prácticamente perdido, solo me pregunto cuánto tardará esto en acabar, pero ni en mis pensamientos me atrevo a pronunciar la palabra muerte, mi única esperanza navega a 7 nudos con rumbo suroeste, si todavía resisto es por él, estará tan solo a bordo cuando despierte, tan desesperado, tan triste, con tantas ganas de encontrarme, voy a aguantar al máximo, ¡cómo querría volver a verle!, si alguien puede conseguirlo es él, tengo que aguantar, ya no sé cuánto tiempo llevo en el agua, tenía que haber gritado más, por encima de la música, pero claro, si desde el camarote casi no se escuchan los altavoces, cómo me iba a oír desde aquí, alejándome cada vez más, con todos los ruidos del barco en navegación, ¡si no la hubiera puesto!, pero me estaba durmiendo y pensé que escuchar a loquillo a todo volumen me ayudaría a llegar a las seis despierta, me pesa el traje de agua, pero no me lo quiero quitar todavía, quizás me caliente un poco, no sé por qué acabo siempre haciéndole caso, y no me pongo el chaleco y el arnés en las guardias nocturnas,

también con buen tiempo, no es que me cueste flotar, todavía puedo aguantar, pero lo que daría por tener puesto ese maldito chaleco inflable tan caro, que ahora está colgado en el armario, eso si, me ha ido bien quitarme las botas de agua, y los pantalones también, me los he colocado sobre los hombros del revés, como leí una vez en un artículo sobre supervivencia en un periódico, parece mentira, pero el aire que se queda dentro de ellos al hacer un nudo en cada pierna me ayuda un poco a flotar, no siento miedo, aunque esté tan oscuro, no me creo que todos los tiburones de la zona me hayan olido y estén esperando para darse un festín conmigo, pero podría venir un delfín a hacerme compañía, ¡me siento tan sola aquí!, debo aguantar, **¡aguanta!**, miro en todas direcciones buscando alguna luz, y a veces creo verla, pero no son más que mis ganas o el plancton fosforescente, dicen que la mayoría son medusas, espero que encima no me piquen, menos mal que no hay olas grandes, al menos puedo mantener la cara seca, porque el resto del cuerpo ya lo tengo arrugadísimo, mira tu, sería un buen momento para hacerme las pieles de las uñas, pero mis manos tiemblan demasiado, seguro que me haría daño con los alicates de manicura, por instinto, las he puesto en los bolsillos del traje, como si quisiera protegerlas del agua, qué ilusa, como se nota que ya desvarío, pero en el bolsillo derecho hay algo, ¡el frontal!, no me acordaba de haberlo guardado allí, creía que lo había perdido al caerme, mira que soy tonta, como puedo haberme caído, si nunca salgo de noche de la bañera estando

sola, una vez que lo hago para ver si el génova estaba bien trimado y una jodida ola aislada me hace perder el equilibrio y caer, ¡qué torpe soy!, ¿funcionará?, me da miedo sacarlo y perderlo, pero tengo que ver si se enciende, menos mal que es el nuevo, el que me acababa de regalar, ¡funciona!, el otro tenía el plástico del interruptor roto y seguro que no habría sido estanco, también tenía estropeada la cinta elástica de la cabeza, es increíble lo poco que duran, alumbro a mi alrededor, no veo más que oscuridad, casi es peor y me entra un poco de miedo, pero debo tenerlo encendido si quiero mantener la esperanza de que alguien me vea, aunque él estará durmiendo todavía, seguro, o a lo mejor ya le ha sonado la alarma del móvil que por norma insiste en poner, para no depender de que lo llame, y así tomarse conmigo el café que siempre le preparo, ¡aguanta!, no sé en qué potencia de luz dejarlo, si lo dejo a tope la batería se gastará antes, pero lo voy a dejar, pronto amanecerá y ya no me hará falta ninguna luz, si me ha de ser útil, ha de ser ahora, es siempre durante las primeras horas cuando es más fácil que te encuentren, levanto el brazo todo lo que puedo, pero se me cansa rápido, me agarro fuerte al frontal, como si me fuera a sacar del agua, ojalá ya esté buscándome y vea esta luz, ¿no será mejor ponerlo en modo flash?, llamará mucho más la atención, pero no sé si se enciende al máximo, lo dejaré fijo a tope, creo que es mejor, ya harán las olas de flashes, la luz me impide ver más lejos, me había acostumbrado a la oscuridad y ahora veo menos, espero que no venga justo ahora y, deslumbrada, no vea la luz

del Carpe Diem por aquí cerca buscándome a lo boutakow, ¡sería una putada!, ¡aguanta!, ¡aguanta...!, aguanta, cada vez me cuesta más flotar, empiezo a estar muy cansada, me duele todo el cuerpo y a la vez no lo siento, todo es muy raro, lo que daría por estar delante de una chimenea encendida, me imagino frotándome las manos delante del fuego, me parece oír su crepitar, hasta creo olerlo, pero no noto ningún calor, el agua está muy fría, sigo con el brazo en alto, intentando marcar mi posición, la del hombre al agua, no entiendo porqué digo hombre al agua, si soy una mujer, tendría que llamarse pob, persona over board, me pregunto si ya está en alguna reivindicación feminista, mi madre si que era feminista, comparada conmigo lo tenía mucho más difícil, no sé como se lo tomará cuando le digan que me he caído al agua y no me han encontrado viva, pobrecilla, siento mucha pena por ella, nadie debería perder a una hija, y menos mi madre, con lo buena que es, grito **adiós mamá, te quiero**, por si algún viento mágico le lleva mis palabras hasta su casa, el viento ha subido, quizás si que se las lleva, también empieza a amanecer, ¿será ella que me ayuda?, por lo que debe ser el este empiezo a ver como el cielo se enciende lentamente, al menos ahora sé por dónde tengo que buscar la luz, y adónde dirigir el frontal, ¿será más fácil encontrarme de noche con el frontal o con la luz del día, no lo sé, él siempre dice que el alba es el peor momento para ver los otros barcos, pero la perspectiva del calor del sol si que me reconforta, aunque no se si llegaré a verlo, cada vez tengo menos fuerzas, voy cambiándome

el frontal de brazo, pero me asusta mucho perderlo en el cambio, voy a descansar un poco flotando tumbada boca arriba, sin ni siquiera nombrar la frase hecha de lo que hago, porque me estremece, se me cierran los ojos y me cuesta cada vez más tenerlos abiertos, me pregunto qué será lo último que pensaré, pero no demasiado en serio, porque a pesar de todo, todavía no he perdido la esperanza, **aguanta**, aguanta, aguanta, aguanta..., aguanta....., aguanta....., huelo el mar, a salitre, creo que será lo último que huela, siempre me ha gustado el olor del viento cargado de sal, inspiro fuerte, quiero impregnarme de este olor, no le tengo rencor al mar, ¡me ha dado tantas millas y fondeos de felicidad!, y no es culpa suya, he sido yo la tonta que se ha dejado tirar, una última inspiración más antes de volver a intentar marcar mi posición con el frontal, a ver si más descansada puedo levantar un poco más el brazo, huele raro, como a algo que se quema, como a humo, abro un poco los ojos y veo el fuego de la chimenea delante de mí, decididamente estoy perdiendo la cabeza, el fuego me habla, me señala, y me mira, grita fuerte llamándome por mi nombre, esforzándome mucho puedo leer el suyo, el fuego se llama Carpe Diem, después de todo, parece que voy a ir al infierno, porque el fuego se acerca más, me voy a quemar, está muy cerca, ya debe ser el fin, porque algo muy fuerte me coge y me saca del agua, **adiós mamá, te quiero.**

*Sergio Del Castillo González*

## MI MAR

**M**is recuerdos van y vienen como las olas que contemplo desde mi terraza, esta tarde aún fresca de primavera.

No tardará mucho en aparecer mi nieta con la mantita en la mano, porque sabe que todavía no voy a entrar. Quiero ver, como todos los días, el atardecer, ese mar tragándose al sol en el único momento que nos deja mirarle cara a cara, porque se ha hecho viejo y va a desaparecer, aunque él volverá radiante por la mañana con sus tonos dorados sobre un mar en silencio.

Me queda ya poco tiempo para poder disfrutar de estas maravillas, por eso todo es más intenso, vivo esta magia como si fuera la última vez.

Dice mi nieta que mañana cumpla 100 años, puede ser, los recuerdos que tengo en mi memoria valdrían para tres vidas. Nací a finales del siglo XIX, de eso sí me acuerdo, en este mismo pueblo con este bendito mar de mis amores. Mi padre quería un chico para que siguiese su trabajo en el pequeño astillero donde la familia hacía barcos de pesca desde varias generaciones atrás. Me contaron que un día, conmigo en brazos, se acercó a la ventana y dijo: Hija, mira bien el mar, él nos da trabajo, alimento y nos adormece en las noches inquietas con su monótono runruneo. Tienes que quererlo y cuidarlo para que él siga cuidándonos a todos. No le temas, si sabes

leer en su color, sus olas, su reflejo del cielo y eres prudente, será un fiel amigo.

- Abuela ¿no quieres entrar todavía? La tarde está fresca y aunque no te gusta que te lo diga, eres muy mayor.

- Sí cariño, ya sé que soy mayor, pero seguiré aquí porque este mar me da fuerzas para volver a verlo mañana.

Mañana vendrás conmigo al astillero, recuerdo que me dijo mi padre, ya eres toda una jovencita a punto de cumplir 15 años. Ese será mi regalo. ¡Me lo has pedido tantas veces! Tienes que saber que para conseguirlo he tenido un pequeño disgusto con tu madre. Ella opina que no es el sitio de una joven “casadera”, sí eso ha dicho, no te rías, pero yo quiero que mi hija sea una mujer fuerte, que luche entre hombres y que sepa llevar el negocio. Está decidido, a partir de mañana vendrás todos los días.

Cuanto te agradecí papá, que pensaras así. Yo creo que he colmado todas tus expectativas.

- Abuela ¿En qué piensas? Vamos dentro, no te vayas a enfriar que mañana es tu cumpleaños y vienen todos a felicitarte.

- Siéntate aquí a mi lado y disfruta de este momento mágico. ¿Te he contado como conocí a tu abuelo? Seguramente más de un millón de veces, pero me apetece recordarlo ahora.

Mi trabajo en el astillero molestaba a todo el pueblo. Las mujeres me miraban con recelo y yo creo que también con un poco de envidia, aunque lo disimulasen en nombre de las conveniencias sociales. Y los hombres no admitían que una mujer pudiera darles órdenes, muchos me negaron el saludo, pero el que yo quería se atrevió a enfrentarse a todos pidiendo mi mano. Unos decían que si por mi dinero, otros buscaban la razón en alguna inmoralidad oculta etc... Pero él no necesitaba mi dinero y por suerte tampoco se dedicaba al negocio del mar, tenía majales de tierra plantados de caña de azúcar que le proporcionaban unas buenas rentas.

- Sí abuela, ya me lo has contado, pero me gusta oírlo, se te nota tan enamorada. Ten, ponte mi pañuelo en el cuello y sigue contándome tu historia, si te apetece.

- Fuimos muy felices, cada uno con su negocio, no te puedo negar que intentó que lo dejara en más de una ocasión, sobre todo en los embarazos, pero yo era fuerte y esos paseos por la playa vigilando el astillero me daban vida.

¿Te he contado que cuando era pequeña, en las noches de luna bajaba todo el pueblo a la playa a bañarse? Las mujeres con sus largas sayas negras y los niños gritando y jugando a su alrededor. Si nos hubieran visto desde arriba parecería algo de brujería, un aquelarre o algo así. ¡Cómo ha cambiado todo! Pero ese olor a algas, las olas regodeándote el cuerpo y el sabor a sal en la boca son uno de mis mejores recuerdos.

- Sería divertido ser niño entonces ¿Verdad abuela? Una vez me contaste que hicisteis en los astilleros un pequeño yate y se lo regalaste al abuelo, con un gran lazo azul atado a uno de los palos, cuando celebrasteis las bodas de plata. No me acuerdo del nombre ¿Cómo se llamaba?

- Le llamamos “MI MAR”, con él nos aficionamos a navegar cerca de la costa y tu abuelo se rebeló como un estupendo marino. Lo sacábamos en verano y cada vez íbamos un poco más lejos. Siempre seguí los consejos de mi padre. ¡Qué sensación de libertad! Nos tumbábamos en cubierta para ver desaparecer el sol, como ahora, pero entonces nunca dudaba de volver a verlo al día siguiente.

No me pesan los años vividos, que han sido muchos, siempre he podido contarle mis penas al mar y llorar en él, que recogía mis lágrimas reconociéndolas como tuyas por el sabor a sal.

Dame tu mano y quédate conmigo, ya falta poco, el sol va formando ríos rojos sobre su superficie, y yo iré cerrando los ojos deseando como siempre poder ver otro atardecer.

***Maria Milagros Marquez Pascual***

## DESDE PEQUEÑA

**D**esde pequeña, quise competir en el mar, con un barco de regatas, nunca tuve la oportunidad.

Siempre desee tener un cadete como tenían mis amigas, solo podía disfrutar del mar cuando ellas me llevaban de paseo allá por los años 80, en el puerto de Cartagena.

Mi vinculación con el mar, siempre existió ya con un año de edad me metía en pleno invierno en el mar Menor, yo sola, sin que mis padres me vieran, por supuesto es una historia contada, pues yo no tengo recuerdo de ello, me tuvieron que vestir con ropa de chicos amigos de mis padres,-! que momento tuvo que ser aquel!

Todos los años veraneabamos en islas menores pasando posteriormente a la Manga, mis doce años los cumpí allí mismo.

Como niña, era bien audaz y echada para adelante, como se dice vulgarmente, digamos que era impulsiva y valiente, nunca el mar me pareció poco pero tampoco demasiado grande.

Jugaba con las olas como cualquiera y surfeábamos con nuestros propios cuerpos, era divertido llegar hasta la orilla de la playa. Hoy en día sigo viendo a los niños

de todas las edades hacer lo mismo, y a mis propios hijos.

¡Cuantos tragos de agua, se tenían en aquel entonces!

Recuerdo un día buceando cerca de la playa, me encotre un fémur, lo saqué del mar y lo llevé a mi casa como un trofeo, en realidad no era consciente de que era,ese hueso, que podría significar, mi padre, astuto, y para que no me asustara , me dijo que era de una vaca, y yo pobre ingenua, me lo creí, el caso es que lo llevé a la cochera de mi casa y lo pinté con pintura verde, y allí estuvo el hueso mucho tiempo a modo de trinunfo.

Pensándolo ahora como mayor, veo que ese hueso, pertenecería a un hombre, un hombre o una mujer, que fue tragado por el mar. Me imagino un naufragio, y como alguien perdiendo su vida, acabo con sus restos en el fondo del mar, siendo devorado quizás por animales náuticos, quedando sus huesos repartidos a su suerte.

No obstante nunca tuve miedo de volver a sumergirme en esas aguas, del Mediterráneo. Mi espíritu de aventura continuó año tras años, con mis gafas y aletas, con la tabla de surfín, con el galupe familiar, con su motor de cuatro caballos, llegábamos a todas las playas del mar Menor, que felicidad, con un bocadillo y una naranjada, podíamos pasar todo el día, dentro del agua.

Fui creciendo y el mar siempre estaba a mi lado, mi marido fue introduciéndose en mi apasionado mundo marítimo, hasta compramos un barco tipo pescador, nos duró solo un verano, en seguida comprendimos que el mar era cosa de los dos y compramos otro barco ya mas moderno pero... la familia crecía y se nos quedaba pequeño, así que tuvimos un tercero, que disfrute muchísimo, mas grande y mas veloz , estaba embargaba por la emoción de ir a toda velocidad atravesando el mar de punta a punta, trasmitiendo a mis hijos el placer de navegar. Disfrutando con ellos, lo mismo que yo había hecho de niña.

Pero un día, todo cambió, decidimos pasarnos a la vela, y que momento mas especial.

Solo con mis conocimientos de la tabla, nos lanzamos a navegar, si señor, en un treinta y cuatro pies, lo que había sentido hasta entonces era magnifico, pero ahora a vela, era cuando realmente podía sentir el mar y su brisa en mi piel, era ahora cuando realmente podía ver y apreciar lo que verdaderamente era navegar.

Hicimos nuestra primera travesía a las islas Baleares, una experiencia maravillosa, tuvimos la gran suerte de ver los delfines y estar en pleno contacto solo con el cielo azul y el mar azul. Esas playas azuladas intensamente, ese ambiente marinero... mucha emoción.

Así podría estar todo un año, contando aventuras pero lo que realmente me emociona es poder por fin, poder competir en regatas como de niña lo había soñado.

Esta vez ya en un treinta y ocho pies, como patrona de mi propia embarcación la ilusión y la íse apoderan de mi. Por el espíritu competitivo y por mi resurgir de mi infancia.

Como mujer me supone un gran orgullo el poder regatear, sentir ese gusanillo en mi estomago, que me hace ser luchadora y competitiva aun contra otros barcos patroneados por el sexo masculino.

La pasión y la entrega son máximos, desde luego, y desde siempre, la náutica ha sido mi vida y mi inspiración como pintora, puesto que en mis obras siempre figura las marinas.

Siempre digo que habrán mujeres en el mundo interesadas en otras cosas, bolsos, trajes, joyas, perfumes etc, pero lo que a mi me interesa es el mar y los barcos, la navegación es mi hobbie y la parte de mi vida, que está siempre que puedo, en ese mar delicioso que tenemos en nuestras costas.

*Hasta sale poesía  
cuando estas frente al mar,  
bien de noche, bien de día,  
siempre las pupilas reflejan*

*ese color inolvidable que tiene nuestras aguas  
verde azulado y dorado al atardecer  
y negro penetrante al anochecer.*

***Pilar Alvarez García***

## SAL

Solía sentirme sola cada sábado, después de despedirme de ella. Me quedaba mirando cómo se alejaba hasta que la perdía de vista por el horizonte. Entonces, corría por la arena hasta llegar a la orilla dejando que mis pies se empapasen. Me quedaba un rato mirando la Isla Grosa y el pequeño Farallón pensando en las diferentes perspectivas en las que se podían contemplar. Siempre pensaba que la Isla Grosa estaba a la derecha, o eso parecía desde mi punto de vista en tierra. Sin embargo, desde otros puntos de la costa el islote del Farallón ni existía... Y entonces sucedió que me adentré en el mar. En la travesía pude observar cómo las islas podían verse de la forma que yo quisiera, pues soy yo quien necesita moverse para poder tener nuevas perspectivas. El mar te abre límites y fronteras, te invita a experimentar, a ser curiosa y a aprender.

Volví a tierra. Paseaba horas tratando de calmar mi mar interno alborotado por las emociones que me causaba su ausencia. Y también, la mía. ¿Qué isla podría ser yo?

Hoy es sábado. Cierro los ojos, (así veo mucho mejor), y siento como el agua helada de marzo me invade desde abajo; “estoy viva”, pienso, mientras una gota se resbala por mi mejilla. La lágrima de sal cae al mar, ahora también forma parte de su inmensidad.

Puedo sentir el viento de levante, el olor a poseidonia, a libertad, y, de nuevo, su ausencia. Sin embargo, ya no me siento sola. No había recuperado su compañía, pero sí la mía.

Camino sin rumbo por la orilla, dejando que mis pies se hundan en la arena húmeda, observando las formas del mar, escuchando las melodías que crean las olas como si de un solo de piano de Chopin se tratase. Me detengo. Comienzo a quitarme la ropa y mis ojos se convierten en un mar tormentoso. Me quedo desnuda en la playa solitaria de invierno. Y, entonces, el mar me abre sus puertas; “entra”, me susurra, y me sumerjo entre los huecos más profundos que alcanzo a ver. Aguanto la respiración... y me dejo gritar emergiendo a la superficie. El mar me envuelve en su abrazo, me siento en mi hogar, cálido, tranquilo, apacible. Me libero. Pienso en cómo Venus se sintió al nacer en medio de tanta inmensidad y belleza, y me respondo: “como yo me siento ahora”.

Decido salir de entre las olas. Mis labios están salados y el corazón latiendo.

Sigue siendo sábado; empiezan a dejarse ver los primeros rayos del atardecer arrebolado de fuego. El sol calienta mis pupilas y mi rostro. Mi cuerpo me conduce al Mar Menor para poder contemplar la maravillosa puesta de sol. Observo cómo la luz desaparece

escondiéndose tras la Isla del Varón. Ya no queda nada, ni sol, ni luz, ni ella, ni yo.

Siento que me vuelvo a perder. Me tiro a la arena y lloro, y respiro fuerte, y me quedo dormida. Despierto y miro al mar; paro, respiro, me calma. El mar, al igual que las comas y los libros, inspiran pausa. Me invito a parar y me siento mejor.

Ya no es sábado, ni domingo; ya no es nada.

El tiempo pasa rápido y, a la vez, no existe. El vacío no es vacío y su ausencia es como el tiempo. Yo sigo en el mar porque es mi hogar, es mi paz, mi calma, mi tranquilidad; me mece cuando lloro (como la luna). El mar es mi origen, mi principio, mis miedos y mi libertad. Me recuerda de dónde vengo cuando no soy capaz de encontrarme. El mar me susurra que me acuna en sus olas, que sus corrientes me guían y me permiten fluir. El mar, con sus claros y oscuros, sus profundidades, su vida, sus mareas impulsadas por las fases y ciclos lunares.

*María Martínez Huertas*

## LAS LÁGRIMAS DEL MAR

Siempre pensé que eran cosas que le pasaban a otro tipo de mujeres. Era imposible que nadie se animara conmigo: era grande, fuerte y valiente. Cuando aparecieron las primeras agresiones, me defendí con fuerza. Creía que sabía cómo hacerlo. Todavía no me había dado cuenta de que estaba dentro de un plan cuidadosamente organizado. De repente pude ver cada hilo de la red que me atrapaba y que había sido paciente y cuidadosamente tejida con engaños y mentiras. Me vi pequeña, débil, cobarde, estúpida y entendí que estaba perdiendo una batalla que no había elegido pelear. Supe en mi interior que tenía sólo una oportunidad para escapar, y lo hice.

Me encontré sola y con un miedo que no sabía que podía sentir. Me escapé con miedo, caminé con miedo, busqué ayuda con miedo y me salvé. Podría haber sido una historia más en el canal de noticias, pero yo me salvé. Con el cuerpo entero pero el alma rota, arrastré mi maleta por calles desconocidas, ciudades extrañas y caras que nunca había visto en mi vida. Y de tanto caminar llegué a un hilo de tierra que parecía tan frágil como yo, y allí me quedé mirando el mar, mientras los días pasaban a mi alrededor escurriéndose mucho más rápido que la arena.

A veces me olvidaba de todo y reía a carcajadas, pero por la noche el peligro me atrapaba de nuevo,

recordándome que había sido muy real y que todavía estaba escondido entre mis células, para destrozarme por dentro. Fue el mar, con la inmensidad de su calma, quien me arrulló hasta que las pesadillas fueron espaciándose y dando lugar a algo que creía recordar, se parecía a la calma.

La paz se interrumpió cuando apareció la espuma que el agua revolvía en las orillas como lo hace el odio más brutal, arrasando con todo lo que era hermoso. Primero dejaron de verse los peces, y las aguas quedaron mortalmente quietas. Luego las aves se alejaron, llevándose consigo la música de las tardes. Incluso las medusas se suicidaron junto a las rocas. De mi boca también salía espuma, los puños se cerraron y la sangre hirvió en mis venas. Quise golpear paredes, destrozando cristales y ponerle sonido a esta destrucción sorda. Corrí por la arena aullando mi enojo hasta que ya no me quedaron más fuerzas, entonces fue que las lágrimas comenzaron a brotar. Las sentía revolverse en mi pecho y rodar por las mejillas.

Tanto lloré por ese mar violentado y por mí misma, que el agua comenzó a subir. Al principio no me di cuenta, porque a los que sufrimos nos cuesta ver más allá de nuestras narices. Pero luego el mar llegó a mis pies, tapó mis muslos y me tomó de la cintura. Yo seguía llorando desconsoladamente mientras confundía el ahogo de las lágrimas, con el del agua que seguía subiendo sin descanso. Cuando finalmente abrí los ojos,

estaba totalmente sumergida en un fondo oscuro que apenas dejaba entrever unos débiles rayos de sol.

Nadé hacia la superficie y tuve que dar una gran bocanada de aire antes poder entender lo que había pasado. Mis lágrimas se unieron al agua salada del mar, y de alguna forma este exceso de líquido logró disipar la espuma. Mientras me acercaba a la orilla vi cómo volvían los peces y las aves me sobrevolaban.

Nunca sabremos con qué perverso placer buscan quebrantarnos, vulnerarnos y destruirnos. Pero aquí estamos, el mar y yo, sobreviviendo, acompañándonos e intentando sanar.

*Soledad Castro Virasoro*